

Cíclopes

María Coll Fernández

Son las siete y ya tienes el mundo comprimido en un soplo de aire muy cerquita del pecho.

Buenos mundos, día. Me voy a la guerra.

*

La mujer cactus ojerosa le da los buenos días desde el otro lado del espejo. Le mira y alarga un dedo para tocarle. Se da prisa en beberse el cola-caó y en atarse los cordones.

Cada día la ciudad gris se la traga mientras finge ser una persona normal que echa humo por la boca. Desafía a la gravedad en la carrera matutina hacia el autobús. El autobús es un limbo donde no existe el tiempo ni el espacio. Una vez sube, se da cuenta de que está todo perdido. La ciudad pasa por la ventana como en una cinta transportadora y si mira a un punto fijo, todo se mezcla. El autobús es un punto de encuentro de almas, y cáscaras huecas. Llega un momento en el que dejas de ser tú para empezar a formar parte de algo, abandonas tu conciencia y te conviertes en la masa.

Matilde piensa en eso mientras pulsa el botón para bajarse del vehículo dos paradas antes. No soporta más estar ahí. Puede llegar a ser odioso. Ver a la gente mirando dentro de ellos, viendo lo solos que están. Mirando por la ventana, buscando un punto fijo, mezclándolo todo. Mirándose los unos a los otros, imaginando sus vidas. Enamorándose, inventando un final feliz.

Camina deprisa sintiendo el frío clavándose en la piel. Mientras espera a que el semáforo se ponga verde, juega a adivinar la vida de las personas que esperan en la acera de enfrente, hasta que el gran vehículo se lo impide, deteniéndose justo ahí.

*

La calle estaba llena de corazones asfixiados.

Iban andando con cara de póquer, deprisa, sin mirarse a los ojos. Se chocaban unos con otros y a ninguno parecía importarles la presencia de los demás. La Princesa caminaba a su lado, sonriente, ajena a todo. Igual que el resto. Era una escena tan fría que daban ganas de vomitar.

Sobretudo cuando se dio cuenta de que era uno de ellos.

*

Raúl es el chico de la sonrisa puntiaguda.

Hay días que se mira en el espejo e imagina que sale en alguna revista, que va a enamorar a alguien, que atraparé alguna mirada. Pero tras un desastroso examen de historia todo cambia. Camina serio y se mira los pies. Pisa sólo las franjas blancas del paso de cebra para evitar caer al vacío.

-¡Eh!

Zas. Vértigo. El mundo se detiene y siente que cae y todo se nubla y desciende muy rápido por un túnel y la luz va quedando arriba, cada vez más lejos.

-Buenos días, ¿vas a la cafetería?

Todo se estabiliza, vuelve, regresa al universo y se sincroniza con la órbita del planeta para volver a latir al ritmo de los mortales. Mira a Julia, que está a su lado con ojos de sueño.

-Hola, Julia. Sí, voy para allá. ¿Qué tal te ha salido el examen?

-Creo que bien. ¿Y a ti?

-Bueno...

Julia y Raúl son vecinos desde antes de que puedan recordar. A veces se sentaban juntos en las escaleras y hablaban, hablaban mucho rato. Luego se iban a su casa cada uno y así siempre. En el colegio, ella jugaba con sus amigos y él con los suyos, y no se saludaban por el pasillo.

El tiempo pasaba y ellos crecían, el colegio cambió por instituto y las charlas en las escaleras continuaron. Hasta que un día Julia dejó de aparecer, se había hecho demasiado mayor. Raúl lo había pasado mal viéndola divertirse con sus nuevos amigos, riéndose, viviendo experiencias, enamorándose, creciendo sin él. Puede que Julia le importase más de lo que pensaba...

Pero eso era antes. Ahora es lunes, febrero, y el timbre ha sonado.

Raúl es el chico de la sonrisa puntiaguda, y Julia tiene frío.

*

En la cafetería se está mejor

... aunque esté llena de estudiantes y la camarera tenga esos andares y masque chicle sin parar mientras se inclina sobre él, preguntándole qué va a tomar.

-Un café con leche, por favor.

-Otro para mí -se apresura a pedir la Princesa, pestañeando inocentemente.

Le mira. Sonríe. Pobre Princesa. Si supiera lo que va a pasar no estaría tan radiante. Le devuelve la sonrisa, no puede perdonarla. Es una cáscara vacía. Su corazón está hueco.

-Escucha -le dice-. Esto es algo grande. Estoy planeando una huida.

La Princesa está seria. Le pregunta que adónde piensa ir. A cualquier otra parte, responde él.

-No te engañes, Gavilán. No hay otra parte. Esto es el mundo -la Princesa habla en voz muy bajita.

-No lo entiendes. Baja ya de tu nube, no estamos a salvo en ningún sitio. Ni siquiera en esta maldita cafetería. ¿Acaso quieres volver a la sala blanca?

La Princesa está pálida, no responde enseguida. Le tiembla el labio.

-Dime, Princesa. ¿Quieres volver con los médicos? ¿Con las incopelusas?

-No -dice ella por fin, con voz seca-. No quiero incopelusas. No quiero médicos ni salas blancas.

-Claro que no. Tenemos que irnos lejos, Princesa.

La Princesa está triste.

Qué tendrá la Princesa.

*

Tiene dieciséis años y un vestido. Escucha mientras hace acrobacias con un boli BIC.

Gira. El bullicio de la cafetería resuena en su mente y hace eco. Sigue girando. El equilibrio en el vértigo. Las uñas son rojas, pero no te cuenta que lleva noches añadiendo una capa más de esmalte. Se acumulan con sus errores. Con todas las cosas que nunca dice.

-Matilde, ¿me estás escuchando?

Levanta la mirada, distraída. Claudia está a su lado, expectante. Tiene los ojos muy abiertos,

-Perdona, estaba en mi mundo. ¿Qué me estabas diciendo?

-¡Tu fiesta de cumpleaños! Queremos salir, ir a bailar a algún lado, ¿qué te parece?

-Ah. Me da igual. Sí, bailar está bien.

-Perfecto, voy a decírselo a la gente. ¡Ah, y feliz cumpleaños!

Qué va a estar bien bailar. Matilde suspira y mira por la ventana. Las ramas de los árboles se estiran, como si quisieran abrazar el cielo gris. El día gris. Feliz cumpleaños.

Tiene dieciséis y parecía perfecta, pero es solo una capa más.

*

Imagina el universo condensado en una taza de café donde todo gira y fracasa. El mismo fracaso que le conduce a la soledad. Los límites del mundo mezclándose con espuma y asteroides y palabras que flotan. Palabras que cubren espacios y limitan su mundo y su taza de café.

-Se hace raro ¿eh? Tú y yo desayunando juntos, con lo perdidos que andamos últimamente...

La cucharilla refleja un universo cóncavo paralelo. Su cara con un efecto de ojo de pez, hablándole en voz baja, mirándole. Julia, todo silencio y pestañas. Julia como un cíclope encerrado en una cuchara, mordiéndose los pellejos de los labios, frunciendo el ceño. Raúl parpadea.

-Eres tú la que te pierdes.. yo sigo donde siempre.

-Deberíamos volver a las escaleras del portal.

-Quizás.

Julia, un gigante horrendo atrapado en el universo cóncavo, removiendo su cola-cao. Raúl es el dueño de la cafetería y del gigante, los tiene enjaulados en su cuchara. Los deforma a su antojo. Podría cogerle la mano. Podría pedirle que se quedase así siempre. Con un sólo ojo y una boca muy grande, hablándole bajito. Podría decirle que la echa de menos. Que el examen de historia ha sido una mierda. Que volvería con ella al portal y al fin del mundo. Que está solo.

Pero se queda en silencio, con la mirada fija en la cuchara.

*

Ana estaba pasando un trapo por la barra cuando los hombres entraron. Le habrían pasado

desapercibidos de no ser por sus caras de preocupación. Uno de ellos captó su mirada y se precipitó hasta ella. Las gotas de sudor le latían en la sien.

-¿Qué van a tomar? -a pesar de todo Ana se mostró agradable, esbozó una sonrisa.

-Un vaso de agua por favor -el hombre parecía inquieto. Su compañero paseaba la mirada por la cafetería, buscando algo-. Esto es peor de lo que me temía...

-¿Va todo bien? -inquirió Ana, que estaba acostumbrada a ser confidente de sus clientes.

-La policía está al llegar. Ahora mismo hay en su local un individuo que podría resultar peligroso. No sé lo que va a suceder, son tan frágiles como imprevisibles.

-¿Qué? -Ana estaba pálida-. ¿Cómo...?

-Soy el doctor Gálvez, trabajo en un centro de salud y rehabilitación mental -el hombre habló muy deprisa, dando un trago a su vaso de agua-. Ayer desaparecieron dos de mis pacientes, y se nos informó de que uno de ellos va armado. Ahora mismo se encuentran aquí, en esta cafetería.

-¿Qué... sugiere usted que haga? -preguntó Ana, cada vez más nerviosa.

-Doctor... -el otro hombre habló en tono grave. Los tres dirigieron la mirada hacia el mismo sitio. Crack. El vaso del doctor Gálvez cayó al suelo y se rompió. El enfermo les había visto. Sonreía.

*

Tres minutos.

-QUE NADIE SE MUEVA.

Es fácil detener el tiempo en una cafetería.

Los clientes están demasiado ocupados digiriendo sus asquerosos desayunos. Sus mandíbulas congeladas, sus ojos vidriosos. Los tuyos inyectados en sangre, tus fracciones comprimidas en una mueca terrible. Siempre serás el idiota que hacía llorar a mamá. Y ahora haces llorar a la que probablemente sea la chica más bonita del local, o puede que no. Quizás sólo sea una chica bonita más, con la sien pegada a tu pistola, que se sorbe los mocos y tiembla. La Princesa también tiembla, inmóvil en una esquina.

-Gavilán... tengo miedo...

Es curioso, cómo el silencio se alía con los minutos para hacerlos parecer eternos y sincronizar las mandíbulas de tantas personas, volverlas de piedra.

La mandíbula del médico gilipollas es la única que aún se mueve. Dos minutos.

-Está bien, Boris, soy yo. No pasa nada. Suelta esa pistola -se adelanta unos pasos, lentamente.

-Que nadie se mueva he dicho. Un paso más y me la cargo -tus palabras son ahogadas por un grito de la chica, indefensa. La Princesa solloza a su lado.

-Suéltala, Gavilán. Por favor...

-Cállate.

-Pero tú me prometiste...

-Suelta el arma, Boris -insiste el médico-. Hazle caso a Alice, te prometo que todo saldrá bien.

-No. Callaos los dos. Quieto todo el mundo o disparo.

Los ojos de La Princesa se ensombrecen de pronto. Se abalanza sobre ti y te intenta arrebatar el arma. A partir de ahí todo sucede muy rápido.

Un minuto.

*

Raúl también tiene miedo. Las uñas de Julia clavándose en su piel le hacen levantar la vista y presenciar la escalofriante escena. El loco apuntando a Matilde con una pistola, las súplicas de una mujer, la intervención de un hombre. El silencio. El llanto.

Y luego la danza.

Una danza macabra forcejeando con una pistola. Dura poco tiempo pero pasa a cámara lenta. El médico corre hacia ellos y Matilde se zafa de las manos del loco, aún con lágrimas en los ojos.

Lo peor, el disparo.

Fugaz y seco. Acompañado de un grito de la camarera y un silencio sepulcral interrumpido por un sonido estridente de sirenas en la calle. Es la primera vez que ve un muerto.

Raúl cierra los ojos sintiendo cómo Julia se abraza muy fuerte a él. Se siente un ser despreciable al desear en lo más hondo de su ser que ese momento no termine nunca.

*

Pobre Princesa muerta.

Su boca ha quedado entreabierta en una especie de mueca, como a punto de esbozar una sonrisa, dejando escapar entre los labios su último aliento. La sostiene entre sus brazos y el médico les alcanza, pero ya no puede ver lo que sucede a su alrededor porque está todo borroso.

Encuentra a la chica bonita mirándole, y quiere pedirle ayuda, y se siente destrozado.

Veinte segundos.

Game over.

*

Matilde nunca podrá olvidar esa imagen.

Boris sosteniendo el cuerpo inerte de Alice, con pánico en la mirada. Boris con sus ojos clavados en los suyos. Boris disparándose a sí mismo en la sien sin apartar la mirada. Boris como un animal herido, cayendo hacia atrás. Sus ojos gritando algo. Sus ojos pidiendo ayuda. Los ojos de un loco.

Los ojos de un muerto.

Quiso ayudarle pero no supo cómo.

Feliz cumpleaños.

Cuando un autobús se para delante suya, Matilde nota todas esas caras mirándole sin verle. Muchos

ojos iguales gritando en silencio. Pidiendo ayuda.

Porque, al final, nos salvamos los unos a los otros.